

## DOMINGO DE RAMOS (B)

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

29 de marzo de 2015

Mc 14, 1-15, 47

Hemos escuchado con respeto la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, narrada por el evangelista san Marcos. En esta unidad dramática, podemos distinguir, hermanos y hermanas, una pasión en tres niveles. En primer lugar, la pasión sacramental. La narración comenzaba con la última cena. Jesús dejó a su Iglesia el sacramento de la Eucaristía que actualiza el don de su vida voluntariamente ofrecida al Padre y a la humanidad en la pasión. Todo por amor y para liberar de su finitud radical del al ser humano.

Luego viene la pasión interna de Jesús en el huerto de los Olivos; su agonía en medio de la soledad que le lleva a una *tristeza de muerte*. Desde esta situación, dirige su oración íntima al Padre pidiendo que si es posible aleje de él *aquella hora*. Hay una palabra que enlaza la pasión sacramental con esta pasión interior, íntima, vivida con pavor y angustia. Es la palabra *cáliz*. En Getsemaní pide que le sea alejado el *cáliz*, es decir, el martirio que tiene que sufrir hasta la efusión total de su sangre en la pena cruel de la crucifixión. Antes, en la cena había tomado un *cáliz* lleno de vino, diciendo que contenía su *sangre derramada* por toda la humanidad. La referencia al cáliz, pues, subraya que el fruto salvador del martirio de Jesús nos es dado en la Eucaristía.

La pasión interna de Getsemaní continuará a lo largo de toda la noche del jueves al viernes; y, según el evangelista Marcos, sin consuelo ni divino ni humano. Los amigos que había tomado con él para que le dieran confort, dormían. Es arrestado con el consiguiente sacrificio de la libertad. Y entonces se inicia un proceso ante las autoridades judías de aquel tiempo. En este proceso Jesús, que primero calla, después habla, pero no para defenderse. Hasta ese momento, a lo largo de toda la narración evangélica de San Marcos, cada vez que alguien quería hacer notar que Jesús era el Mesías, Jesús lo hacía callar. No había llegado la hora de hacerlo público; era necesario primero vislumbrar la pasión, pues para el evangelista San Marcos no se puede entender correctamente la mesianidad de Jesús y su ser *Hijo de Dios* prescindiendo de la cruz y de la fe pascual. Ahora sí, pues, que lo puede decir ya abiertamente. Ante el *Sanedrín*, que era la máxima autoridad religiosa del pueblo de Israel, Jesús se declara *Mesías* e *Hijo de Dios*. Esta confesión es la cima del Evangelio según San Marcos, que comienza y termina precisamente con la afirmación: *Jesús es el Mesías Hijo de Dios* (Mc 1, 1; cf. 15, 39). Una afirmación considerada blasfema por el *Sanedrín* y por la que es declarado reo de muerte. No es, sin embargo, que esto lo hubieran decidido ahora, después de escuchar a Jesús. El evangelista dice que ya antes habían decidido *condenarlo a muerte* y buscaban una declaración que lo justificara. Ahora la tienen de labios de Jesús mismo. Pero como no tenían la facultad de aplicar la sentencia de muerte, acuden a la autoridad que lo podía hacer, el Prefecto romano Poncio Pilato. Y para que se interese por el caso, cambian la acusación de tipo religioso, la de haber dicho que era *Hijo de Dios* y de querer destruir el *templo*, por una de política: se proclama *Rey de los judíos*. Y Pilato, aunque se da cuenta del juego, cede; ante los gritos de la gente excitada por los acusadores, prefiere condenar al inocente y liberar al asesino.

A partir de la sesión en el *Sanedrín* la pasión interna, vivida espiritualmente empieza a ser, también pasión corporal, con el menosprecio de los escupitajos y el dolor físico de

los *puñetazos* y de *las bofetadas*. Este dolor continuará con los azotes mandados por Pilato y con la *corona de espinas*, como preludio del dolor de la crucifixión. Dolor por la forma en que es vilipendiado. Dolor por verse despojado de su dignidad humana. Dolor terrible por los tormentos de la crucifixión. Si os habéis fijado, a lo largo de toda la pasión, San Marcos ha ido repitiendo una y otra vez las palabras *cruz* y *crucificar*. Así insistía sobre el martirio que sufrió Jesús.

Esta *cruz* sigue siendo un escándalo; lo era para los discípulos de Jesús, que no entendían el porqué cada vez que Jesús se lo anunciaba. Y lo es, un escándalo, para nuestro tiempo. El hecho horroroso de la *cruz* sólo encuentra sentido desde la experiencia de la resurrección. Es más. La resurrección ilumina el drama de la *cruz* y lo transforma en un don de amor que es salvador para la humanidad. Por eso la *cruz* es fundamental en el mensaje del Evangelio. Para ser verdaderamente discípulos de Jesús, no basta con una fidelidad a la profesión de fe cristiana sino que es necesaria sobre todo la autenticidad de una vida dada a otros con toda la abnegación, como lo hizo Jesús en la pasión. En él, en el Crucificado, encontramos un modelo de abnegación para nuestra vida. Y encontramos, también, confort en las tribulaciones que nos toque vivir, en los momentos oscuros que experimentamos, en la enfermedad y ante la muerte. En Jesús, el Cristo, *Hijo de Dios* crucificado, encontramos sentido para nuestros dolores; encontramos, además, la puerta abierta a una vida plena más allá de la muerte. Y, por tanto, encontramos razones firmes para la esperanza.

Después de haber escuchado con respeto y con emoción el relato de la pasión de Jesús, expresémosle nuestro afecto y nuestro agradecimiento por estos sufrimientos soportados pacientemente para que, *muerdos a los pecados, viviéramos para la justicia* y así seamos curados *con sus heridas*. Hoy somos invitados a hacer como el centurión que estaba de guardia en el Calvario: reafirmar nuestra fe en Jesucristo, *Hijo de Dios*. Somos invitados a hacer como Simón de Cirene que le ayudó a llevar la cruz, y como *las mujeres* que lo habían seguido *de lejos*, sirviéndole con nuestra existencia, a él que nos ha servido primero abnegadamente con el don martirial de su vida. Con fe y con espíritu de servicio sigamos cada día su camino de Evangelio, hacia el más allá.

Nos disponemos a entrar en la celebración de la Eucaristía. La pasión sacramental de Jesucristo contiene la donación por amor que Jesús hizo de sí mismo en la pasión interior, íntima, y en la pasión cruenta sufrida en su cuerpo. En la Eucaristía, Jesús, el Hijo de Dios, renueva su entrega para salvarnos, para darnos vida en el Espíritu, ahora en este mundo, y para ofrecernos la vida para siempre después de nuestra muerte. La memoria de lo que hemos leído en la Pasión se convierte en presencia y don renovado en la Eucaristía. Por eso el *cáliz* que pondremos sobre el altar será la presencia sacramental de la pasión íntima y de la pasión cruenta del Señor; contendrá la *sangre de la alianza* nueva y eterna que será derramada por nosotros y por toda la humanidad.